



EL GATO DE MI MADRE
Y OTROS RELATOS

Carmen Muñoz Ariza

EL GATO DE MI MADRE
Y OTROS RELATOS



Primera edición: noviembre de 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Carmen Muñoz Ariza

ISBN: 978-84-19595-16-4

ISBN digital: 978-84-19595-17-1

Depósito legal: M-28437-2022

Editorial Adarve

C/Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para Adriana, Andrea y Lucía, mis Tres Gracias,
y para Carmen, mi madre, que me dio su nombre y su gato.*

EL MIEDO DE LA NARANJA

Era el primer sol que mis ojos veían cada mañana. Salía de la noche como una esfera pequeña y dorada. Primero era un contorno gris que giraba a violeta con la luz naciente, y al mediodía, una bola colorida e incendiaria. El amanecer guardaba, dormidas, las manos que la arrancarían del árbol. Solo entonces la veía segura y feliz. Nunca hablé con ella, era imposible, aun así, sentía su esencia dulce y vegetal. La conocía desde antes de ser ella, cuando no era más que una flor de azahar que comenzaba a abultarse. Más tarde, convertida en una bolita verde, jugaba inconsciente con el viento y no se asustaba cuando María pasaba cerca: era tan pequeña entonces que conocía la eternidad. Luego comenzó a hincharse y ponerse anaranjada, como las demás, pero, al ser la última que pendía de la rama, presentía que sería la primera en ser arrancada y comenzó a pensar en la muerte, en su muerte. También yo había pensado en ella en el pasado, pero ya no. Yo vivo en un árbol cercano, en una rama más alta, y desde mi altura veo cómo el huerto se transforma constantemente sin perder su identidad, siempre el mismo y siempre diferente. Esto me ha dado mucho que pensar y he sacado mis propias conclusiones, pero los gorriones no hablamos el idioma de las naranjas y no podía consolarla. Lo que sí hacía, cuando la notaba estremecerse, era volar hasta ella y permanecer largo tiempo a su lado. Yo la veía mirar hacia abajo, no me preguntéis cómo, es cierto que las naranjas no tienen ojos como los gorriones, ni como María, pero estoy convencido de que, de algún modo, a través de los poros de su corteza, la luz entraba hasta las fibras membra-

nosas que retienen su jugo, y tal vez su alma, prestada o propia, todavía no lo sé, y desde allí vivía, sentía y amaba. Era tan bonita, tan esférica, tan jugosa, de un color tan intenso, que a veces me preguntaba si era más hermosa entonces o cuando era azahar, o si, a pesar de la forma, seguía siendo una flor. Los pájaros pensamos mucho en los atardeceres, antes de que todo se borre de nuevo, ahuecamos las plumas, levantamos una pata y metemos la cabeza bajo el ala para que nuestras pequeñas reflexiones se mantengan calientes durante la noche. Llegué a la conclusión de que, en realidad, daba igual que fuera la consecuencia de una flor o que la flor fuera el origen de la fruta. También yo fui una vez un huevo y ahora soy un gorrión. Algún día caeré a la tierra y el gato de María me dará un buen entierro, desconozco qué pasará después, si mi alma resistirá a las vueltas de su estómago y moraré allí, en un universo de pájaros, ratones y pequeños peces, o me convertiré en un largo pelo de su bigote y de vez en cuando notaré su lengua rasposa y húmeda sobre mi nuevo cuerpo, y desde allí volveré a ver el huerto y la naranja. Tampoco sé si entonces la veré como gorrión o como pelo, o como gato, o si ya no la veré, aunque yo creo que sí, que la veré siempre, porque a las almas les pasa como a los gorriones: saben volar.

Vivir tan arriba o, por lo menos, a mayor altura que otras criaturas, como la naranja en este caso, lo que, por otra parte, es bien poco, hace que vea las cosas con más nitidez. No puedo ni imaginar cómo las verá el milano que sobrevuela el huerto y que a veces se queda parado, suspendido en el aire decidiendo sobre todos nosotros, dispensando indultos, como a mí una vez, cuando prefirió un bocado más suculento y se llevó entre sus garras una paloma. Las palomas viven en el tejado de la casa de María y por ello a la misma altura que yo, o más. Pero son presas fáciles, porque no escuchan, solo hablan y miran de reojo únicamente lo que tienen cerca. Pero volviendo a la naranja y a la pequeña altura con que veo la vida, un día me di cuenta de lo que pasaba. Fue una mañana cálida y sin viento, pero ella temblaba. Fue justo en el momento

en que María se asomaba al banal de los tomates. Como el huerto es tan pequeño vivimos todos algo apretujados, no lo digo por mí, que con mis alas voy donde quiere mi necesidad o mi deseo, lo digo por otros seres, como la naranja, presa en su árbol contando el tiempo que le queda, o como el tomate, sujeto con verdes grilletes a su mata, y de él quiero hablar. Era grande y entreverado, quizás un poco inmaduro, pero en poco tiempo estaría listo para acabar en la cesta de mimbre de María y desaparecer para siempre. Los vi mirarse y hablar en susurros, seguramente habrá algún idioma común a todos los vegetales. Se amaban, era evidente, y sufrían por no poder estar juntos, incapaces ambos de arrancar sus cadenas. Aun así se conformaban con disfrutar de su presencia mutua y aprovechar cualquier rayo de sol que les cayera encima para enviarlo hacia el otro, como un beso. En aquella ocasión la suerte anduvo de su parte y les concedió la gracia de un día más. Y la naranja sufría, ahora también, por él, en cualquier momento uno de los dos dejaría al otro. No soportaba la idea de morir, pero mucho menos la de vivir sin amor, es decir, sin ese tomate que la contemplaba con adoración a través de su fina piel roja y verde. Y para su desgracia, yo creo que de mirarlo largamente y con tanta dulzura, el tomate se supo colorado y María se dio cuenta. Si no habéis oído llorar a una naranja yo os lo explico: creo que incluso la más dulce, en ese momento, es amarga, y el aire que la envuelve también, lo sé porque la brisa trajo sus lágrimas hasta mí y tuve que dejar de descascarillar unas semillas que había encontrado por el suelo y se me erizaron las plumas. Volví a mi rama rápidamente para ver qué pasaba. María acababa de arrancar el tomate y se lo comía sentada, apoyada en un tronco, justo debajo de la más bella de las naranjas, que en ese momento luchaba por soltarse de la rama solo por herir en la cabeza a la hortelana; ya no tenía miedo a la muerte. Quise ayudarla, por varias razones: la primera, porque no podía verla sufrir; la segunda, por tener la valentía de tomar las riendas y elegir su destino, no esperar a que unas manos inconscientes decidieran por ella y, por último porque yo podía, con

mucha suerte, conseguir que pasaran juntos sus últimos instantes, esos que valen por toda una vida. Llegué hasta ella, fue un vuelo corto, pero el más largo que he hecho hasta ahora. Comencé a picotearla por arriba para separarla del tallo que la sujetaba. Noté su prisa y su agradecimiento, su firme decisión y su voluntad, ya no era la naranja miedosa que yo conocía, ahora era libre, y más hermosa, ciertamente como el sol, dorada y cálida, llena de luz y de sabor, de amor. Entre los dos lo conseguimos y la vi caer. Noté que me sonreía mientras se reunía de golpe con el tomate, pasando primero por la coronilla de María, que dio un respingo. Cayó justo encima de él y su carne se abrió para recibirla, su sangre la tiñó de rojo. Estaban juntos y eran una sola cosa, lo que pasara después ya no les importaba. Sinceramente, yo no sabía si sentirme contento o apesadumbrado. Volví a mi rama y no pude dejar de observar la escena: un tomate chafado por una naranja manchada de rojo sobre una palma abierta. He visto muchos frutos caer del árbol: higos maduros que acaban pintando el suelo de negro, cubiertos de hormigas; peras picoteadas por gorriones como yo, vecinos del lugar, y por otros pájaros. Carboneros, verdicillos, cardelinas, petirrojos, entre otros, se creen con derecho a visitar el huerto en busca de alimento. De todos, el que más me gusta es el petirrojo, tiene algo diferente a los demás, no solo por su pecho colorado y su pico fino. Sobre todo porque siento que algo bueno pasa cuando está cerca, de camino al río cercano. Para mí es la suerte vestida de plumas. Y llegó, casualidad o no, en el mismo instante en que la naranja se reunía con el tomate. Se disiparon todas mis dudas y me alegré por los dos frutos. Seguro que aquello era el comienzo de algo nuevo, una metamorfosis que los llevaría más lejos de ellos mismos. Qué equivocados están los humanos, incluida María. Si supieran cómo son las cosas en realidad dejarían de sentirse superiores, sapientes, dueños de todos los huertos y de los seres que los habitan. No conocen el idioma de las aves, ni los íntimos secretos de las flores, que avientan sus palabras en las fragancias que exhala, algunas hermosas, como una flor del manzano que llamaba

a su abeja predilecta, otras terribles, como las de la amapola que nació lejos de sus hermanas, entre dos surcos de coles, y lloraba de soledad. De nada le valían los rizados y redondos consuelos que recibía ni la compañía de margaritas, madre selvas y dondiegos. Y el rumor constante de lombrices y escarabajos excavando túneles en la tierra mientras en su madriguera un ratón hambriento espera pacientemente. María pasa por delante de nosotros sin acompañarnos. Los humanos son como las palomas.

No quedan naranjas, acaso algunas caídas y olvidadas, semienterradas por el tiempo y las pisadas, que sirven de sementera a los pequeños botones verdes cerrados sobre sí mismos que pronto se abrirán y se convertirán en flores blancas y dulces, y más tarde en nuevas naranjas que abrigarán al árbol, ahora desvestido y frío. Nacerán en los mismos lugares que las que fueron y las que vendrán, pero no serán las mismas, aunque lo parezcan. Tampoco es la misma gota la que se escurre de cada hoja cada vez que la lluvia cae, ni todas tienen el mismo destino. Algunas caen al suelo y se mezclan con la tierra, otras forman charcos en pequeños hoyos. Yo bajo a beber y a bañarme, después extendiendo mis alas y dejo que el sol se cuele entre mis plumas y caliente mi cuerpo. Qué poco soy sin ellas. Pero cuando alguna gorriona bonita molesta mis reflexiones y mis picoteos, y ya no existe nada más que ella, entonces, me ahueco hasta el infinito para que se fije en mí, como todos los demás, y entonces me creo tan grande como el milano. Otras gotas, en cambio, se evaporan antes de caer del todo. No están hechas para que yo beba ni me bañe, ni para lavar el huerto y hacer crecer sus frutos. Son tan pequeñas que se quedan flotando hasta que el aire las lleva de nuevo a los espacios infinitos. Hay gotas para la tierra y gotas para el cielo, naranjas que esperan colgadas y naranjas que saltan al vacío, gorriones que observan y discurren, mientras no se les cruce una gorriona, verduras que se apiadan, flores que lloran, milanos que matan sin odio, palomas que arrullan sin cesar, y Marías, pequeñas gotas de conciencia del huerto, cada uno de nosotros a nuestra manera, según nuestra forma y circunstancia,

aunque, sinceramente, yo creo que las palomas menos, las palomas menos.

*

Hace unos días dejé mi rama. He encontrado refugio debajo de una teja rota en el tejado de la casa, en el lado opuesto, afortunadamente, en el que las aves bobas y murmuradoras se reúnen para torcer el cuello y mirar de medio lado. Lo descubrí un día que estiraba mis alas y volaba, sin más. Fue el día también en que la conocí a ella, y vi al petirrojo. De pronto había sentido el impulso de volar. Me sentí ufano y nostálgico a la vez. El sol invitaba al regocijo y notaba un cosquilleo en la punta de mis plumas que me llevaba hacia arriba. Miré en todas direcciones antes de emprender el vuelo, no fuera que el milano me estuviera esperando para desayunar. Vi el naranjo, donde ya no estaba la naranja, y la tomatera, sin su tomate, pero los busqué. Fue un momento en que olvidé todo lo que sé, todo lo que he aprendido en mis reflexiones con la cabeza debajo del ala. Se me estrujó el corazón.

La rama, que estaba bien para un gorrión solo, de pronto se hizo pequeña e incómoda. Todo se enredaba en torno a mí para atraparme: el sol esplendoroso, el milano ausente, la gorriona bonita que se me cruzó, y el agujero en lo alto del tejado que prometía seguridad y refugio. Ya no tengo vistas. Desde mi nuevo, y compartido hogar, alcanzo una tapia de ladrillo rojo que circunda la casa, a poca distancia por esta parte. Sería un castigo si no fuera porque me entretengo contemplando lagartijas y respirando los efluvios deliciosos de las flores que tiene allí plantadas, cuando ellas quieren: el romero y el espliego después de la lluvia, las rosas, por la mañana, los claveles, por la tarde, el jazmín por la noche, la madreSelva todo el día. Todas son bonitas, aunque algunas no destilen fragancia alguna, y otras, como las caléndulas, desprendan un aroma ligeramente amargo. Allí fue, precisamente, en el plantío de caléndulas, donde fueron a parar los restos de la naranja y el

tomate de los que he hablado. Después del sobresalto inicial María dio buena cuenta de ellos. La vi alejarse y arrojar entre esas flores lo poco quedaba del uno y de la otra, apenas un rabito verde y unas cortezas. Ya nadie se acuerda, pero allí siguen sus despojos, juntos por un tiempo, alimentando hormigas y escarabajos que los esparcirán por todo el huerto, pero sus almas, ¿en dónde están?, no las encuentro.

*

Yo creía que lo sabía todo, o casi todo, en cualquier caso, lo suficiente para mi existencia de gorrión. Desde mi rama contemplaba las oleadas de vida del huerto, que parece quieto pero no lo está: todo se mueve, todo vibra, aparece y desaparece, todo se sucede sin fin, y por eso mismo se repite constantemente idéntico a sí mismo. Yo me sentía a salvo porque creía que el huerto, tal como lo conocía, era eterno. Ahora, después de lo que pasó, tengo que empezar de nuevo. Ya no sé nada.

Andaba yo ocupado en buscar comida incesantemente. Debajo de la teja, mi compañera daba calor a nuestras crías recién nacidas. Me daba prisa: las caléndulas no se habían abierto al alba y eso era signo de que el día iba a ser lluvioso. Oscureció de repente, tanto que me entró sueño, como si fuera la noche y no la lluvia que la se echaba encima de nosotros. Comenzaron a caer gotas que salpicaban violentamente la tierra, las hojas, los seres, estallando en el suelo y rebotando hacia arriba. Vi muchas hormigas aplastadas y moscas patas arriba luchando desesperadamente por escapar de aquellas trampas de agua. Quise volver rápidamente a mi nido, pero no pude. Del cielo caían piedras enormes, blancas y frías, algunas tan grandes como yo, tantas que el aire se convirtió en una pared. Me cobijé bajo la copa de un árbol. Delante de mí, pájaros se golpeaban contra al suelo malheridos; otros, muertos. María se asomaba desolada a los cristales de la ventana, hasta que uno de ellos estalló hecho añicos y desapareció dentro de la casa. Desde

la rama, que no era la rama de mis reflexiones y mi dulzura, veía el tejado y la teja rota por donde se colaba el diluvio. Tenía miedo, como la naranja, ahora la comprendía, no por mí, no solo por mí. Quería seguir siendo gorrión, y solo gorrión, por mucho tiempo, y amar a mis gorriones. Dejé el refugio y eché a volar hacia mi hogar esquivando aquella terrible lluvia dura, blanca y mortal. Todo saltaba por los aires y reventaba. Cientos de hojas caían al suelo arrancadas de los árboles, los frutos se abrían por los golpes, en su bancal, los tomates alcanzados manchaban de rojo la tierra; el espliego, tieso y esbelto, se doblaba cada vez más hasta desmayarse. Las flores no podían resistir las embestidas y eran machacadas. Vi desfallecer muchas, enterradas bajo una montaña de guijarros blancos. Mientras volaba ideaba la forma de salvar a mi familia. Ya estaba cerca cuando un golpe seco me arrojó sobre las caléndulas. Se me nubló la vista y un hilillo de sangre fue cayendo por mi pico tiñendo de rojo una de esas rocas de hielo. Destino de tomate, fue mi penúltimo pensamiento, el último fue para mi gorriona y mis gorriones. No pude hacer nada.

No sé dónde estuve, era un lugar negro y sin tiempo, vacío de pensamiento. Desde luego no era el rincón de mis sueños, porque allí sigo viviendo, de otra manera. Viviendo y comprendiendo, descansando y aprendiendo. Ya he dicho que los pájaros cogemos todo lo vivido, en crudo, y lo guardamos debajo del ala para cocerlo lentamente durante la noche. Desperté sobre el macizo destrozado de caléndulas. Sentí todas mis plumas mojadas, las piedras blancas habían desaparecido y el sol había regresado de su inesperado destierro. Me sacudí con fuerza y ahuequé las plumas para secarlas. No pude esperar mucho, y con mi lastre de agua y mi miedo intacto subí al tejado temiendo lo peor. Me dolía todo yo en todas partes. Entre las tejas todavía resbalaba el agua pero las palomas ya arrullaban temblorosas sobre ellas. Volé y volé como un loco buscando mi teja rota, había más, pero no la encontraba, no la encontraba. Salté por el tejado de una en una, por donde yo sabía que estaba mi nido. El huerto era un estruendo, aquellos seres

buscándose los unos a los otros, pájaros piando, moscas zumbando, grillos chirriando, y así, todos. También las plantas gritaban, pero sus gritos perfumaban el desastre. Con tanto ruido no podía escuchar la llamada de los míos. Yo me desgañitaba y molestaba a otros con mis lamentos. Hasta el preciso momento en que sus pequeñas voces retumbaron en mis patas. Estaban vivos.

De no haber contemplado aquella escena seguiría siendo el mismo gorrión sabelotodo: una paloma, ya sabéis, un poco superficial y bobalicona, como todas, según yo, estaba sentada sobre el agujero de entrada a mi casa. Calada hasta los huesos, herida en un ala, había soportado con entereza el apedreamiento, taponando la entrada de agua, evitando así que mis crías y mi pareja murieran ahogadas. Se levantó de su asiento y dejó que mirara dentro: la felicidad, el presente, el regalo de la vida, cinco enormes bocas abiertas y una hembra asustada y hambrienta. Desde ese momento siento que las palomas son los seres más extraordinarios del huerto, qué equivocado estaba. Tengo que volver a comprenderlo todo. De momento, lo único que sé es que una paloma es maravillosamente sensible e inteligente, y yo tonto. Tonto pero agradecido. Me dediqué a cuidarla el tiempo que estuvo herida. Me pasaba el día buscando comida. Afortunadamente, María tira por el huerto los trozos de pan mojado en agua. Yo soy el primero que va a por ellos. Mis hijos crecían, la paloma sanaba rápidamente y el huerto comenzaba a sacudirse el miedo y se estiraba confiado hacia el cielo. Volvió el milano, y hasta el petirrojo. Qué alegría ver al petirrojo. Todo vuelve a ponerse en orden. Además de alimento, llevo a mi nido medicinas. Bajo al parterre desbaratado de las caléndulas, pico sus cabezuelas, arranco algunos pétalos y los llevo al nido. Mis hijos los comen y la paloma frota su ala sobre el montoncito que le dejo fuera. Tienen muchas propiedades las caléndulas. Fuimos nosotros, los pájaros, los primeros en conocerlas y usarlas, después los hombres, curiosos de vernos llevarlas en el pico a nuestros hogares, descubrieron por sí mismo sus secretos. Les tengo querencia. Son unas hermosas flores con un botón en el centro y gran

cantidad de pétalos anaranjados, como soles pequeños, como la naranja, aquella naranja enamorada de un tomate y cuyos restos subirán por sus tallos en forma de savia. Podéis pensar lo que queráis, soy un gorrión tonto, pero os voy a confesar algo muy importante, podéis creerme o no, da igual, yo sé que es verdad: Esta mañana he arrancado unos cuantos pétalos de una caléndula superviviente del desastre. Es grande y tupida, intensamente anaranjada y brillante. He notado en el pico un sabor muy dulce y, a la vez, ligeramente ácido. Me recordaba algo, pero no sabía qué, hasta que he vuelto a ver al petirrojo y me he dado cuenta: Eran las almas de la naranja y el tomate, que venían a saludarme. Soy feliz.